

D. Juan Francisco Pantecatl el tiempo y año en que esto se hizo, ni cuándo fueron bautizados; pero lo cierto es que fué por este tiempo, y que sería á los principios del año de 1532; pero dice que el primer encomendero que tuvieron se llamó Tomegil, y que éste les puso una cruz por mojón en la division de las tierras de que ellos ya tenían hecho su repartimiento, dándoles á entender lo que á cada cual de los Caciques pertenecía, mandándoles cuidasen mucho de la cruz, y limpiasen los alrededores, como lo hicieron, renovando la cruz cuando se envejecia ó quebraba, y en esto fueron siempre y son hasta estos tiempos muy cuidadosos.

Este Cacique D. Francisco Pantecatl de quien hacemos mencion aquí, fué hijo del Cacique Xonacatl, que gobernaba las provincias de Acaponeta cuando vinieron nuestros españoles á la conquista de Jalisco: era este indio capaz y amigo de los españoles; dejó una relacion ó memorial sobre el origen de sus primeros pobladores, de sus territorios, y en general una noticia que parece convenir casi en todo lo que expongo en el Aparato á esta historia, capítulo 33, tocante á las gentes que vinieron del Norte de la Nueva España y la poblacion; pero porque no nos relata con alguna más individualidad el origen de las poblaciones de la Nueva Galicia, la religion de los de Jalisco,

y otras cosas curiosas que dicen bien en este lugar, pues por este tiempo se comenzó á poblar lo de Jalisco y Guadalajara, y tanto tiempo estuvieron estas provincias administradas por los religiosos franciscanos de mi santa Provincia de Michoacan cuando Custodia, y buenos años cuando Provincia unida con la de Jalisco, hasta la division de estas dos Provincias, referiré sucintamente lo que pude extractar de un fragmento de la relacion de Pantecatl que tuvo íntegra el reverendo cronista de la Provincia de Jalisco, y en su manuscrito hallé trunca. Aunque por lo regular todas estas relaciones de indios suelen oler á patrañas, y por su contesto tan mal dirigido se deben apreciar poco, consultando la curiosidad y instruccion de los que leyeren esta Crónica, no omitiré decir con la mayor concision que sea posible lo que nos cuenta este entendido Cacique. Para que se vea y conozca la probable certidumbre de su relacion, es la semejanza que tiene con lo que contaron los indios de México haber sabido por tradicion de sus antepasados, y enseñando en sus tablas y pinturas á los benditos padres Fr. Toribio Motolinia, que las tuvo en su poder, en las cuales estaban la historia y antigüedad de los indios y el padre Fr. Andrés de Olmos, gran escudriñador de las cosas secretas y particulares de la Nueva España, y uno de los

más antiguos que vinieron á ella, D. Francisco Pantecatl la dejó escrita á sus hijos y descendientes por memorial, diciendo que lo que en ella refiere, lo oyó decir y contar á sus antepasados y abuelos, y que las gentes que poblaron estas tierras procurando echar de ellas á los naturales, vinieron del medio de la tierra. Coligese haber sido de la Provincia de Atztatlan, y en la forma que refiero en el Aparato, en que se diferencia en algo la relacion de este Cacique, como porque aquellas gentes fundaron un gran pueblo en tierra caliente, llamado Aztatlan.

Individualiza más este Cacique en su relacion los parajes donde dice pasaron las familias mexicanas llevando en andas su dios Huitzilopoztli, y el tránsito que pone ó exorna y amplia tal vez el que extendió el memorial de Pantecatl, es muy verosímil, y es de esta manera: llámese ántes á la memoria lo que asiento en el Aparato en orden á la poblacion de esta Nueva España, y cómo los culúas ó mexicanos vinieron á Chicomaxtoc, que quiere decir lugar de siete cuevas. Dice Pantecatl que disgustados algunos Caciques y capitanes de las familias aztecas ó mexicanas de la aspereza de los temples y esterilidades de la tierra, salieron de este territorio de las siete cuevas, y luego atravesaron los campos, digo, llanos que habia, hasta que toparon las serranías circunvecinas á

las provincias de Tzinaloa, y entraron por Petlatan, Culiacan y Chiametla, Tzenticpac, Jalisco, Valle de Banderas, Aguacatlan, Atoyac, Izta-potlan, Cayolan, Tzacoalco, Coculam, Amec, Ayahualulco, Etzatlan, Tequila, Tlala, Iztilan, Ocotlan, Atemajac, Tonalá, Cuitzeo del Rio, Tototlan, Mezcala, Chapalac y Jocotepec. Todas estas provincias anduvieron, las cuales estaban pobladísimas (desde luego de tultecas y chichimecas); y no las guerrearon por venir en tropas no suficientes para pelear, contentándose con el sustento que hallaron y con enseñar á los naturales los ritos del demonio, á quien traían recientemente en sus pechos, porque ántes no adoraban más que al sol, la luna y estrellas, y muchas provincias reconocian, sin admitir deidad alguna, y adiestraron á los naturales en el uso de la pesca; y olvidando la lengua materna en parte, ó corrompiéndola, se acomodaron á la de los naturales de estas tierras, de que se formó un mixto del idioma mexicano y de aquellos distintos dialectos, como consta por tradicion de los indios de la provincia de Jalisco y lo dan á entender los nombres de los pueblos, lagunas, cerros, valles, fuentes, árboles, aves, pescados y animales (que son mexicanos), y que los naturales hablaban mexicano, ni impusieron los nombres que hallaron nuestros españoles cuan-

do vinieron á hacer la conquista de la Nueva Galicia.

Las demás gentes de las familias mexicanas que se habian quedado en Chicomoxtoc, pasados diez años, salieron de este paraje por orden de su ídolo, y á pocas jornadas de su marcha llegaron á un valle que llamaron Cohuatlicamac, y en él estuvieron tres años, y de allí fueron á Matlahuacalan, donde estuvieron dos, y de aquí á Pánuco, donde les entretuvo seis años, porque hallaron gentes y poblaciones con quienes tuvieron algunas guerras y salieron victoriosos. De Pánuco marchó el ídolo con sus mexicanos á unos llanos que llamaron Chimalco, que son los valles de la Puana, Juchil, Nombre de Dios, donde están los pueblos y lugares de Pipiolcomie, Chimalco, Matlahuacalan, Cohuatlicamac, y allí estuvieron otros seis años, y despues tomaron la vía de Sain, Fresnillo, Trujillo, Valparaiso, y llegaron á los puestos que hoy se nombran Zacatecas, Malpaso, Villa de Jerez; y en un valle que llamaron de Tuitlan fundaron una gran ciudad, la cual cercaron de una muralla y torres fortísimas con cuatro castillos. Estas últimas familias mexicanas, cuando salieron de Tuitlan para ir á Tula, Tezcuco y México, no pasaron el rio grande de Toluca que entra en la provincia de Tzenticpac, pues le dejaron á mano derecha, hácia la

banda del Mediodía. El padre Torquemada dice (*) haber visto las ruinas de aquella ciudad y de sus edificios á siete leguas de Zacatecas hácia la parte del Mediodía, y rastros de poblaciones antiguas, para comprobacion de los edificios que hacian estas gentes, quienes eran las mayores y más soberbias que se puede imaginar. Despues de edificada la ciudad de Tuitlan, como está dicho, estuvieron en ella como veinte años, algo menoscabados, tanto por los muchos de sus hijos que sacrificaban á su ídolo, como por los trabajos de sus marchas y vida tan vaga que llevaban; y les mandó, en cierta ocasion, que le sacrificasen de los dichos indios que habia en aquellos valles, que eran de la nacion chichimeca, motivo por qué les hicieron guerra; y un dia hablóles su ídolo, diciendo á los principales mexicanos, que convenia á su servicio conquistar los valles de Tlaltenango, Teul, Juchipila y Teacoaltichi, y poblarlos de los plebeyos y la gente ordinaria de los mexicanos, los que no hablaban la lengua mexicana tan culta y limada como ellos, para quienes tenia reservada la tierra prometida, de la que no estaban distantes. Hiciéronlo así; y habiendo conquistado la tierra, los originarios y naturales de ella se retiraron á las serranias de Tepic, Xora y Aguacatlan, que ahora se llama

(*) Torquemada, lib. 11, cap. II, folio 81.

San Pedro de Analco, y otras partes donde se hicieron fuertes, viviendo una vida feroz y bárbara; y allanada la provincia y valle de Tlaltenango, poblaron en ella cincuenta mil villanos mexicanos, y edificaron pueblos, y los más señalados fueron Tlaltenango con sus aldeas, Tepchitlan y el pueblo de Teul, encima de un peñol de Peña Tajada, que tenia una entrada y no más, y una fuente de agua. Lo fortalecieron á su modo para resguardarse de las tropas enemigas que los podian acometer, y edificaron un templo suntuoso que fué el santuario general para ellos, donde sacrificaban los prisioneros que hacian en la guerra. Volviéronse los mexicanos cargados con su ídolo á la ciudad de Tuitlan; y en señal de su agradecimiento por las victorias que creian haber conseguido por su mediacion, hicieron grandes danzas y mitotes, y le sacrificaron doscientos niños que habian llevado del despojo, despues de haber dejado en los pueblos recién fundados, caciques y sacerdotes, y los proveyó desde Tuitlan de un gobernador general que los gobernase.

Tardó poco el ídolo sin mandarles que saliesen á la conquista de Jalisco y Tlaltenango, con encargo de que llevasen consigo los villanos y rústicos que habian de poblar, para lo cual salieron como cien mil plebeyos mexicanos, con

otra tanta ó mayor cantidad de nobles y guerreros, y entraron por los valles por donde habitaban gentes bárbaras y sin policia, talando las sementeras de maíz y otros frutos, usando con sus moradores crueldades nunca vistas; motivo por qué estos indios (restos de los esforzados chichimecas), viendo tal estrago, se huyeron á las barrancas de San Cristóbal, y allí poblaron por todo el rio abajo, adonde vivieron escondidos y cerrados, pasando muchas calamidades y desventuras en más de doscientos y noventa años. Carecian de la sal, y en su lugar usaban de la ceniza de palmas silvestres: cogiendo las espumas que criaban, las cuajaban y les servia de sal para paladear su gusto en sus bastos manjares, hasta que los españoles los conquistaron. Quedaron los plebeyos mexicanos en pacífica posesion de esta provincia, y fundaron la ciudad de Juchipila, que quiere decir flor de señores ó caballeros, y luego edificaron templos para la adoracion de su dios, aunque con reconocimiento al templo del Teul. Poblaron tambien los pueblos de Tenancingo, Jalapa, Mecatabasco, Tayagua, Apotzol, Mezquituta, Moyagua, Cuixpalan y otros pueblos muchisimos con sus gobernadores y caciques, estableciendo su bárbara policia, y de orden de su ídolo le sacrificaban doscientos niños de los primeros que naciesen.

Concluida esta faccion, fueron las familias mexicanas á la conquista del valle de Tecoaltichi, que estaba poblado en una nacion de indios belicosos llamados tequexes; y así, para hacerles guerra, se armaron con mayor prevencion; y el demonio (que no era otra cosa su ídolo) se puso una cota que llamaban los mexicanos ichahuepili, morrion de plumeria, alfanje de pedernal, con arco y flechas en la mano, carcax colgado sobre el hombro izquierdo, sandalias de piel de venado adobado, calzon ancho de algodón teñido de varios colores, levantado hasta la mitad del muslo; embijado el rostro con almagre, tinta negra y yeso, y en la mano una rodela de néquen forrada de plumeria pequeña; pendientes de la orla ramilletes de plumas, papagayos y guacamayas, y de este traje usaron en las guerras desde este día que se armó su dios para la guerra, los capitanes y gente principal de los mexicanos. La demás gente llevaba unos arcos y flechas; otros, hondas, dardos y macanas, alfanjes de pedernal: de esta suerte llegaron á los puertos y pasos de Tecoaltichi, donde los esperaron los zacatecos, huichichiles y tequejes para resistirles la entrada; y habiéndose trabado una sangrienta batalla, vencieron los mexicanos, y los contrarios, huyendo de su rigor, hubieron de desamparar sus rancherías y patria, retirándose á los montes y

quebradas arrimadas al río grande que viene de Toluca, y luego el ídolo guerrero hizo poblar el pueblo de Nochiztlan y edificar templo en un peñol rodeado de agua, donde le ofreciesen los sacrificios que les habia mandado. Despues marchó el campo, y á cinco leguas de su marcha pobló á Tecoaltichi, y erigieron los mexicanos otro templo á su ídolo Huitzilopochtli. La denominacion de este pueblo es mexicana y tecoaltichi, quiere decir (en ese idioma) pueblo edificado junto al santuario. Despues de esto pasó adelante el ejército mexicano, adonde están ahora situados los pueblos de Mitic, Jaloztitlan, Meztitican, Yahualica, Tlacotlan, Teocaltitlan, Ixtlahuacan, Cuacuala, Ocotic, Acatic (que eran de la nacion Tequeje) y habian escapado de la rota de Tecoaltichi, y se defendieron bien, no atreviéndose los mexicanos á pelear con ellos, y aun despues de idos éstos sostuvieron la guerra con los mexicanos villanos y tochos más de doscientos y sesenta años hasta que vinieron los españoles y asentaron la paz. Conquistada gran parte de toda esta tierra, se ocuparon los mexicanos en poblar y erigir sus adoratorios; y al cabo de algun tiempo que rogaban á su ídolo los sacase de tantos trabajos y los dejase adonde les habia prometido, pues los plebeyos de su nacion quedaban ya acomodados, y ellos, que eran la flor de su nobleza, no acaba-

ban de asentar el pié en tierra alguna, tuvieron esta respuesta: que su deseo habia sido siempre mejorarlos sobre todas las otras naciones que habian salido del Septentrion, y que sus confederados quedasen acomodados; pero que habian de tener paciencia miéntras que las familias que iban caminando adelante buscasen puestos agradables para sus viviendas con su ayuda, como lo habian hecho; que á su tiempo daria providencia, pues claro estaba que siendo ellos la familia á quien más amaba, habia de ser la más bien parada y favorecida. En efecto, dentro de poco les trató de la salida su ídolo, ordenando las jornadas y distancias, y caminó en su seguimiento el cuerpo mexicano hácia la parte del Oriente, con muchas guiñadas y rodeos, hácia la provincia de los tarascos, á la cual pusieron por nombre Michoacan. Entró (conducido por su ídolo) por los Guazcatos, Pénjamo, Numaran, Conguripo hasta dar vista á la laguna de Tzintzuntzan, adonde fueron sin contradiccion alguna recibidos estos huéspedes de los tarascos, y el ídolo los hizo amigos, y hicieron una fiesta á su concordia; y entónces propuso su dios á los mexicanos que si querian quedarse en aquella provincia, y respondieron que no, que era destemplada y montuosa.

Los mexicanos se detuvieron en esta provincia dos años, disfrutando el cariño de los tarascos, á

los cuales se les pegó la idolatria, que hasta allí no habian usado. Estando en esto, dijo el ídolo á los mexicanos, que pues llevaban mucha gente, convenia que se apartasen algunos de los más políticos y se hiciese de ellos una familia para que quedase con los tarascos sus amigos, quienes por ser gente inculta tenian necesidad de que ellos les enseñasen el gobierno de su república y el culto de su religion; y pareciéndoles bien, nombraron por Cacique y señor á un indio mexicano noble y de gran talento, llamado Tzilantzi, quien con los de su familia pobló la ciudad de Huitzitzila, que despues se llamó Tzintzuntzan, adornándola de muy fuertes y vistosos edificios; y quedaron tan confederados los mexicanos y tarascos, que nunca tuvieron disgustos, ántes los mexicanos olvidaron su lengua, y de este Cacique Tzilantzi descendieron los señores reyes de Michoacan. Asentado lo de Michoacan, ordenó el dios caudillo de los mexicanos que los de esta nacion habian de pasar adelante: salieron de Tzintzuntzan y atravesaron por los puestos de Yurirapúndaro, Cuitzeo, Acámbaro y Coroneo á dar vista á Chiapa, y de aquí fueron en busca de las demás familias que se habian adelantado y habian entrado por tierra caliente. Las primeras familias, contrayendo amistad y parentesco con las naciones y pueblos que encontraban, y haciendo asiento

entre ellos, se vinieron á hacer todos unos en lenguaje y trato, de donde quedó el tener todos los pueblos, cerros y plantas nombres mexicanos, y á los pueblos que no los querian recibir daban cruda guerra. Estos vinieron por la parte de Jalisco y corrieron hácia el Valle de Banderas, Aguacatlan y Xala, de esta parte del Rio Grande, provincia de Tonalá y todo lo que hay hasta Colima, y de allí adelante; y cuando le pareció que ya era tiempo al idolo que guiaba á las familias mexicanas, se llegaron á unir y las hizo marchar hasta las lagunas de México, donde poblaron, quedándose entre los naturales de todo este tránsito muchos hijos y nietos de los que allí habian nacido, otros por viejos, enfermos ó impedidos, y otros por haber tomado amor á la tierra. Todas las familias que vinieron de las partes septentrionales se llamaron aztecas por haber venido de la provincia de Aztlan, que cae entre Norte y Poniente, provincia grande; y se presume que para venir á esta tierra pasaron el estrecho de Anian los pobladores de Nueva-España, y que la provincia de Aztatlan cae de la otra parte del estrecho.

Difusamente he tratado de este asunto en el Aparato á esta Crónica de Michoacan (*), que se puede registrar, y se notará la diversidad que hay

(*) Aparato, cap. 33 y 34, núm. 1; todo el cap. 32, y en la primera parte, lib. I de la Crónica de esta Provincia de Michoacan, cap. 7 y 8.

de las especies ahora referidas comparándolas con las verosímiles y fundadas que expongo, entresacadas con gran trabajo, de las obras magistrales de Herrera, Torquemada y otros autores clásicos, y más de apuntes sobre los nuevos descubrimientos de la tierra septentrional y sus cercanos mares, no pudiendo fiar de la poca puntualidad de las Memorias de los indios, porque en la antigüedad no tenian el uso de las letras, ni las conocian, solo de pinturas se valian, y no entendidas de todos, de donde ha venido tanta confusión y variedad en la inteligencia de los instrumentos pintados que nos dejaron, concordando solo sus relaciones en que los primeros pobladores de esta América son advenedizos, y que su origen es de hácia aquellas partes remotísimas que caen al Poniente y Norte de Jalisco.

Conviniedo, pues, la relacion del Cacique Pan-tecatl (tocante al origen de sus antepasados) en todo lo que hemos referido, y mucho muy distante de lo que dirémos en el Aparato á esta historia de Michoacan, sigue diciendo, que cuando llegaron las mencionadas familias mexicanas á las tierras de Acaponeta y á las otras poblaciones que estaban en aquellas regiones calientes que caen al Poniente y mar del Sur, hicieron guerra á los naturales con ánimo de irse apoderando de ellas, con que les obligaron á dejar sus puestos y retirarse